

Camínos

Arte-Crítica-Ciencia



EN EL
RASTROJO

POR JOSÉ M. FERREIRO

El amor de los simples está magnificado por ese candor natural de los hombres y mujeres de nuestros campos, que viven en contacto con la naturaleza y gozan la esclavitud del amor en un medio poético y libre, aunque apenados por un trabajo brutal que, como a los bueyes, los toma esclavos.

Es "En el Rastrojo" un cuadro de amor apacible y sencillo, natural y bello como las campiñas que evoca el autor.

(Uno de los grabados que ilustran el libro "Las Coyundas", de José M^o Ferreiro)

NO
FOTOCOPIAR

CAMINOS

ARTE - CRITICA - CIENCIA
Valores, Canje, correspondencia a:
FEDERICO G. RUFINELLI - Larrañaga 1508

Año I

Montevideo, Junio de 1935

Núm. 4

¡RADOWITZKY!

Ni uno sólo de vosotros ignora quién es Radowitzky, porque él es un pedazo heroico de vosotros mismos; porque él no es nada más que la encarnación de la terrible protesta de los desposeídos; el vengador de millones de hombres caídos bajo las garras inquisitoriales de la justicia histórica.

En 1919, cuando bajo las ametralladoras de la policía argentina se consumaba una de las hecatombes más trágicas que recuerda la historia de la clase obrera, Simón Radowitzki, un niño casi, con sus 17 años valientes y generosos, supo hacer volar con la dinamita, al coronel Falcón, causante directo de los crímenes de la semana de enero.

Confinado en la Tierra de Fuego, largos años de martirio lo enfermaron, pero las blancas sábanas de hielo de la península trágica no pudieron servirle de mortaja, puesto que consiguió el pueblo con sus luchas, la libertad del héroe.

Deportado al Uruguay creyó conseguir aquí la dicha de que había carecido su juventud gloriosa, pero los políticos que hoy nos tiranizan, los que violaron constituciones y achacan a Simón el mismo hecho, lo

tienen preso, confinado en la Isla de Flores.

Un hombre como Radowitzky, que haciendo abstracción de sus propios intereses individuales, se levanta magnifico y sobrehumano, como ningún héroe de la historia antigua lo hiciera, para vengar a sus hermanos caídos un Hombre como Simón, perseguido por ser tal; generoso hasta dar por sus amigos su pan y su vida; bueno como ninguno y tan sincero que hasta confió en la sinceridad de sus enemigos.

Un Hombre como Simón, que hoy está en desgracia necesita de la solidaridad de los hombres libres, para luchar por cualquier medio honrado, por su libertad.

Desde el manifiesto hasta el mitin; desde la protesta a los poderes estatales hasta la acción heroica; por todos los medios se luchará.

Porque Simón encadenado es un golpe en las mejillas del proletariado. Es necesario contestar pronto antes de que la otra mejilla reciba el manotazo.

As. Estudiantil Libertaria.—Centro Cultural de "Caminos". Comité
... Pro Libertad de Simón Radowitzky.



Victor Hugo con la juventud

Toda juventud es inococlasta; destruye los viejos espejos empañados porque ama la vorágine de los horizontes limpios; porque goza en el acero caliente de la batalla; porque es enemiga de toda forma hecha.

Toda juventud quiere florecer en senderos nunca caminados; dar vida a las intransitables rutas con la volcada sangre generosa. Pero la Juventud es amiga de los genios cuando son rebeldes y sinceros, como los niños, de los gigantes; como las nieves, de las montañas.

En este 1935 de intensa fiebre suicida, de desorganización total de los espíritus; de valorización de la fuerza ciega—, pocos hombres han recordado a Víctor Hugo, en su cincuentaenario.

No nos interesa de él, el hombre privado y político, porque Víctor Hugo fué, ante todo, un poeta de rebelde estirpe.

Por eso no descenderemos a la imbecilidad senil de los León Daudet.

Su vida y su obra son verdaderamente aleccionadoras para los jóvenes de hoy. El desterrado de Guernesey, vivió para la libertad; para la justicia social, y hay un tremendo dolor y una sincera rebeldía, tanto en su vida como en su obra.

Paul Adam no se equivocó cuando aseguro que "l'art est l'oeuvre d'inscrire un dogme dans une hyperbole".

¿Acaso Víctor Hugo no inscribió con trozos seguros e inmortales, el dogma de los derechos del hombre, en la genial hipérbola de su obra literaria? Nadie podrá negarlo como el abogado de los de abajo; como el defensor de la libertad total de los que trabajan como el enemigo encarnizado del privilegio y de la violencia de los estados.

¿No basta para verlo sus críticas a la justicia del poder en "Los Miserables", su alegato contra los privilegiados, en "El hombre que Ríe"; no bastan sus novelas para situarlo en el panorama social de su época, como el crítico noble y mordaz de la organización privilegialista de la sociedad? ¿Y sus críticas a la pena de muerte que aún no abolió la Francia "democrática"?

Las leyes son enemigas de la sociedad: la religión del conocimiento, la naturaleza de la obra del hombre. "Los Miserables", "Nuestra Señora de París" "Los Trabajadores del Mar".

Su romanticismo no es nada más que una reacción contra el medio político y las formas reconocidas como clásicas en la literatura.

Víctor Hugo es un poeta vistiendo con una gran imaginación las siluetas de la realidad social. Su hiperbole sirve para que, sobre un fondo adecuado, resalten las líneas y los volúmenes de sus personajes, y los planos, terribles o amigos, de sus paisajes.

Nuestro tiempo de viajes a la extra-tosfera y de huidas a 500 kilómetros por hora, quiere la síntesis. Víctor Hugo no podrá darnosla. Hoy la gente quiere acorazados y novelas de bolsillo.

Pero en cambio, Víctor Hugo nos dá una provechosa lección de desinterés y valentía, de amor a la dignidad y a la libertad del hombre, hoy vejadas y encarnecidas.

Nosotros, jóvenes libertarios, en ésta sociedad de guerra y despojo, saludamos el cincuentenario de Víctor Hugo.

Federico G. Rufinelli.

CAMINOS

En el Rastrojo

CUENTO CAMPEÑO
Por José María Ferreiro

Juera güey, jueraaa!...

Este grito y un silbido corto se venía repitiendo por entre el maizal desde hacía rato; Aurelio Pérez, que cruzaba la chacra de los Aalas, "laderiando" una colina y costeando al alambrado, sofrenó al tordillo y oyó más cerca aquella voz de mujer y al silbido corto:

—¡Juera güey, jueraaa!...

Por una senda entre el maizal, una joven arriaba dos bueyes que tarasconeaban los choclos de un lado y otro arrancándoles chalas verdes de vez en vez, que masticaban estirando sus belfos babosos, un barcino y un pampa pachorrientos "como carreta tucumana" y con más mañas que "petiso 'e lavanderas", tranqueaban con el tranco habitual de los bueyes aradores. Estos venían a desembocar al callejón donde se había detenido Aurelio, no sabiéndose si esperando a la joven o a los bueyes.

Luisa, que así se llamaba aquella muchacha campesina, cuando vió al mozo a caballo tuvo el movimiento instintivo de toda mujer que se estima bonita. Echó un vistazo a las pilchas, se anudó mejor el delantal, y quien sabe que arreglos hizo en la bata...

Desde lejos y a gritos como acostumbraban a hablar los campesinos, Aurelio le gritó:

—¿Pa 'onde los arrea, mocita?

—Pal rastrojo.

—Es aquella la portera?

—La misma.

—¿Quiere que yo los arree?

—Y... güeno.

Aurelio le cerró las piernas al tordillo, se enderezó a la yunta, cruzó sonrisas con la muchacha y arrió a los bueyes para el rastrojo, al trote largo. Se le abrió el pampa en una

breve disparada antes de entrar en la portera, y Aurelio lo retornó a pechazos, cerró la portera de palos y volvió adonde estaba la moza.

—Mañerazos los güeyes pa puer-tiar, ¿no mocita?

—El pampa, sí, de mimoso y bien tratao, pero en el surco cinchan...

—Usté mesma anda con ellos?

—Sí, asigún, ucaciones tata o los piones...

—Quien juera güey desta chacra ¿eh?

—¿Pa qué, pa sentir sobre el lomo el clavo de la picana?

—Es que hay picanazos, y picanazos...

La moza se puso seria, escarbó la tierra con la punta de la zapatilla y balbuceó:

—No l'entiendo.

—Digo que hay los picanazos que se les da a los güeyes lerdos y mañeros pa que no aflojen o no se abran del surco.

—¿Y díay?

—Son justos, pues.

—¿Y los otros?

—Los otros... los otros son los que recibe el cristiano, de la vida.

—Menos l'entiendo tuavía.

Aurelio cruzó la pierna izquierda sobre la cabezada del apero, miró al cielo como buscando palabras para expresar su pensamiento, y al fin dijo:

—Pa mí, el güey del surco o la güeya tiene idéntico destino que el paisano chacarero, vea: Dende que hay amaneció, cuando entuavía los pastos empapaos en rocío brillan al sol como luces en la loma, y una niebla como de humo se rejunta en los bajíos, él ya está uncido a los yugos, humeándole los hocicos, con las pe-

CAMINOS

zuñas hundidas en el surco o en la güeya; y al tranco de estos güeyes aradores que se arrollan como arcos cuando el arado se tranca en el campo potro o en los raigones, marcha el paisano atrás, como una sombra, cantando a veces sus penas o rene-gando... Y los otros, los carreteros, cruzando campo, entre los montes, las colinas, las sierras y los pantanos se alejan o vienen por los caminos, augaus de fatiga y baños de sudor, envueltos en remolinos de polvo. Eso es el güey, amiguita, cuatro pezuñas que se hunden en el surco y los pantanos toda la vida sin más esperanza quel matadero cuando no sirva pal yugo...

—¿Y los cristianos?

—Los cristianos, como el güey, tienen su sino marcado, yo colijo... Y se nace como quien dice pa ser toros o ser güeyes... A los más güenos y a los más mañosos, se les da lo más duro de la vida, el rigor y el trabajo; la carreta, el surco y la picana... ¿por qué? naide lo sabe tuavía... Pu eso mesmo, ternero manso va derecho pal yugo, y cristiano güeno está destinado pal trabajo más penoso.

—¿Cierto! ¿eh? Yo he pensao algunas veces en eso mesmo, y por eso tamien no los rigoreo a los míos. El pampa, que es mañerazo como usted mesmo lo ha visto, lo toco apenas en l'anca con la punta 'e la picana, y an que la mía es sin clavo, entonces empareja y cincha; después yo les hablo con cariño, me paso, el día conversando con los güeyes como si fueran hermanos; ¡tan güenos, tan juertes y tan mansos!...

—Hermanos o novios, ¿no?

—Novios? Yo ni sé como se hablarán los novios...

—¿Nunca los tuvo, mocita?

—Nunca y usted?

—Yo sé las tuve y ellas me enseñaron a despreciar esta vida 'e güey.

esta vida de trabajo bruto en las estancias y chacras.

—Cuenta...

Aurelio estimó que era lógico para contarle a la moza sus amores. Las casas estaban cerca; un hilo de humo subía por entre el quinchito del rancho pardo por la intemperie y los años; la tarde caía, oyéndose los lejanos mugidos de las lecheras, y los cercanos aleteos de las torcazas... Por aquella senda entre el maizal caminaban los mozos uno junto al otro, seguidos por el tordillo, que iba de tiro al cabresto.

—Cuenta, le pido —insistió ella.

—Bueno, aura verá: El primer amor que tuve fué una pueblera ladina y querendona como ella sola; era mesmo como usted de alta, tenía unos ojos ansina negros como rejusilos de facón desenvainado, y unas pestañas ansina arqueadas como pétalos de rosas. Yo me allegué y le dije lo que sentía por ella: admiración de paisano, amor gaucho, derecho y juerte como topada 'e potro; ella se rió al oírme, se rió mucho y me miró la estampa como miran los doctores a los toros embretados en esas exposiciones. Parece que no le disgustó del todo y me dijo sin rairse ahora: —“Vea, Aurelio, todo lo que usted me dice son cosas serias y yo tengo que pensarlas, güelva dentro de unos días”. Golví una noche, la encontré alegrona y conversadora, la garré así de una mano como a usted aura, la traje sobre mi pecho deste modo, le pasé la mano por el hombro ansina mesmo y le dije:

—“Luisita, yo sé que usted y yo nos queremos desde hace tiempo, hace días que nos venimos encontrando en e rastrojo y ya nos comprendemos demasiao; yo buscaba esta ocasión pa decirle lo que siento por usted: soy un güey más que se le ofrece a su mandao pa siñuelo o pa coyunda...

—Pero usted me está contando mentiras, e lsucedido no es cierto, Aurelio.

—Todo jué un motivo pa entrar en esta realidad que está más cerca e nosotros y que hace días la campeamos en el rastrojo... ¿Permite? Preguntó el mozo muy quedo y encendido de pasión, mientras la tenía ceñida como con coyundas. Luisa contestó con un desmayado suspiro y enrojeció como el horizonte en aquel atardecer de otoño, ofreciendo sus labios entreabiertos, hinchados y rojos para un beso apretado y mordiente...

El tordillo que tarasconeaba los choclos, tironeó del cabestro y sacó de aquella ensoñación a los mozos, que, día a día siguieron encontrándose en el rastrojo.

(Cerro 1935.

(De “Las Coyundas”, que será editado a beneficio de los presos sociales)

Solo la rosa

*Intimo drama
que la cortante mirada de los hombres
ahonda cada día,
eso eres tú
herida mía!...*

*Yo te siento crecer,
atenta sólo
al vuelo de las voces
nacidas del oculto corazón de una rosa.*

*Volar más dulce y tímido
que la más dulce y tímida canción*

*Sólo la rosa,
fina distancia de la tierra al cielo
podrá sentir tu sueño doloroso,
herida mía!...*

Sólo la rosa!...
¡Escultura de un sueño!

Pedro Piccatto.

El Humanismo de Eugen Relgis

“BULGARIA DESCONOCIDA”

“He sentido la amistad, esencia demasiado límpida del corazón que late alegremente solo en el aire puro de la libertad”. Esto no dirá nada para aquellos desesperados por descubrir frases “nuevas”, para los intelectuales de gabinete que sienten horror por las palabras “gastadas” o para aquellos que no teniendo nada que decir, suelen adornarse con metáforas. Para los que aun creemos en el hombre, esas frases sencillas, dichas con simplicidad consciente, son la voz que nos anima en la lucha cotidiana, la música que ensaya en nuestros oídos un nueco canto de libertad.

Decir algo acerca de este interesante libro que es “Bulgaria desconocida” no es más que poner al descubierto cinco días de Relgis, en contacto con el pueblo búlgaro y que no obstante, su brevedad, le son suficientes a este gran observador para mostrarnos lo más hermoso de Bulgaria, que no son “los muros y los monumetos de las montañas y las ruinas históricas, conservadas cual pergaminos de la nobleza” sino sus hombres.

“Yo no busco —dice imágenes para llenar el vacío espiritual de los aburridos que no saben que hacer con las manos y los sesos, busco hombres en los cuales podamos ver el mundo que deseamos nosotros los sedientos de humanidad”. Sus valientes afirmaciones, son la mejor forma de presentar a este escritor rumano, que abarca todos los aspectos del género literario y que es al mismo tiempo luchador social, solda-

do de la paz, peregrino incansable, que recorrió todos los caminos de Europa portando su nuevo credo pacifista y su ideal libertario.

Así, a fuerza de ser sinceros, diremos: que "Bulgaria desconocida" no es más que una minúscula faceta dentro de la inmensa obra que por desgracia no conocemos en castellano, si exceptuamos los artículos enviados por él para "Nervio" y algunos trabajos publicados en España por revistas libertarias. Tiene este poeta de la frase limpia, el don de sentir y comprender; por eso, más que la belleza de sus narraciones, lo sentimos cerca nuestro por su profundo humanismo.

Al recorrer sus páginas parecemos hallar a un viejo amigo, dispuesto al fraternal abrazo; es como si de repente descubriéramos en la intimidad de nuestro ser, inquietudes y sueños que hasta ayer ignorábamos. Los hombres vistos por este humanista, libre de odios y pasiones partidarias, son siempre seres capaces de algo noble; su bondad inteligente nos hace ver como a través de la carne toda criatura es para él de una claridad de Sol.

Escribe Alvaró Yunque

HOMBRE Y SOLDADO

La república Michonga y el imperio Canote están en guerra. Hipólito, soldado de la república, paséase a orillas de un río; está de centinela. De pronto oye gritos desesperados que salen de las aguas; Hipólito se alarma, Hipólito es un buen hombre, padre de ocho hijos en los que piensa continuamente cada vez que entra en combate. También es Hipólito un hombre sensible y abnegado; cierta vez, exponiendo su vida, salvó a una pobre anciana en un insendio; cada vez haciendo sacrificio, recibía un

Porque es humanista, Relgis, no se acerca al hombre para hurgar en su interior, con el bisturí del frío razonador, sino con la mirada serena y comprensiva del que, por encima de todo, ama.

Sabe que la humanidad ha sido traicionada en sus más nobles aspiraciones y que sufre; por eso no le habla a gritos; se acerca a ella como quien toma de la mano a un niño convaleciente y lo conduce al campo para que llene los pulmones de aire puro y luego emprenda la ascensión hacia la montaña. Y, lo mismo que Leonhard Frank, que aún en los momentos más desesperados tiene siempre a flor de labios como una verdad eterna: "El hombre es bueno". Eugen Relgis, marcha sin descanso por los caminos del mundo(buscando "La vida que se manifiesta en innumerables figuras, la esperanza que late en los corazones, el pensamiento que trabaja acicateado por la necesidad de crear y la fe que idealiza".

Concepción Fernández.

miserable en su hogar. Ahora ante esos gritos desesperados, su psiquis de hombre lleno de abnegación y sensibilidad se conmueve. Con ojos avizores escruta las aguas, pronto ve en ellas, debatiéndose, a un hombre; Hipólito no vacila, arroja sus armas, se quita los botines, y se echa al río.

Lucha furiosamente contra la corriente; pero, buen nadador, consigue atrapar por los cabellos al que se ahogaba y lo remolca hasta la orilla.

Una vez en ella, Hipólito coge sus armas y se calza. El salvado, completamente desnudo, lo mira con asom-

bro.

—¿Y qué hace que no se viste? — le pregunta Hipólito.

—Es que mis ropas están del otro lado del río.

—¿Cómo es eso?

—Sí; me estaba bañando y la corriente me arrastró a esta orilla. Yo soy un soldado canote.

—¡Un enemigo — ruge Hipólito

Y le hunde la bayoneta en el corazón.

LA HEREDERA

Dije a mi cocinera:

Catalina, cuando deje a este traje se lo voy a regalar, quizás le sirva a su marido.

—¡Oh muchas gracias, niño — díjome ella —, ya lo creo que ha de servirle!

Esa noche, como hacía calor, me quité el saco, lo dejé sobre una silla; y oí que mi heredera, furtivamente, lo cepillaba. Era la primera vez que lo hacía; y aquello me produjo una imperceptible sonrisa de satisfacción.

Pero a la mañana siguiente, mi heredera, me produjo una imperceptible mueca de desagrado:

Yo, con mi despreocupación habitual, me había arrimado a un alambre de púas y, al retirarme, desgarróseme el pantalón. Fue una cosa leve, casi invisible. Catalina dió un grito:

—¡Niñooooo!

Y en la modulación de su voz airada, en el brillo de sus ojos, en la mueca que hizo; yo tuve la sensación de que le acababa de robar algo.

EL HADA Y LA VIRGEN

La hermosa doncellita necesitaba recorrer un camino desolado, de noche. Temía que alguien la robase; y llamó a su madrina que le era un hada:

Madrina, protégeme; debo cruzar ese camino, puede asaltarme un malhechor y robarme la doncellidad.

—Toma — díjole el hada — toma este licor: tu rostro se llenará de pecas, tu nariz se hará monstruosa, tu cuerpo será deforme...! Estará a salvo tu virginidad.

Y la candorosa doncellita, rehusando el licor de su madrina, el Hada:

—¿Y si soy fea — dijo —, para qué quiero la virginidad?

LA FORMA

Un vate de la ciudad de San Antonio de los Cobres, territorio de Los Andes, República Argentina, América del Sud, escribió sobre su tarjeta:

"Zolito Añejo. El mejor poeta de San Antonio de los Cobres".

Y las gentes, comentándole decían: —¡Qué fatuo!

Escribió otro vate de la misma ciudad, territorio, nación y continente:

"Juvenal Neolira. El menos malo de los poetas del Mundo".

Y las gentes, comentáronle.

—¡Qué modesto!

LA FRASE OPORTUNA

Al pasarse el peine, el poeta, halló en él un piojo. Ya iba a aplastarlo; pero éste habló y dijo:

—Señor, ¿por qué me sacáis de esa selva de laureles?

El poeta, halagado, cogió al piojillo y lo internó de nuevo en su copiosa melena.

Ratones-Hombres

Leí en Sorwood Anderson,

"Hombres y mujeres de los tiempos modernos que viven en ciudades industriales, son como ratones que

Pasa a la pág. 10

AGUAFUERTES DE RAFAEL BARRET



Póstuma

Para Meifren



La niña duerme...

Cada instante, más bellos los días que no volverán, cada instante, más bellos, los prometidos días que no llegarán nunca.

La niña duerme... tan profundamente que el más fino de sus cabellos está inmóvil como una montaña;

tan profundamente, que las horas se mueven lejos de ella... la niña duerme en su ataúd.

Era piadosa, y tan inocente que no se ruborizaba nunca. Los niños que empiezan a andar jugaban felices con ella, y cada noche la atraía el reposo.

Como la noche, vino la muerte, y la muerte también la encontró dispuesta y dócil, y se la llevó donde sabe.

La niña duerme...

Preciso es que su alma compasiva se haya vuelto a mitad de camino un momento a dejar sobre esa frente el resplandor de paz sumisa que siempre estuvo en ella, y si yo levantara esos párpados sagrados, miraría otra vez la sagrada luz que serena ba mi vida.

Apenas bajo mi mano se entreabrieron...

Caían, caían por el rostro de la muerta, caían las lágrimas.

Buenos Aires de 1900.

LAS MANOS

Cesaron de ignorarse, y se movieron en busca una de otra, por entre las batistas, agitadas, arrastrándose hacia el deseo, profecía venida de lo alto. Los dedos masculinos, temblando de angustia, alcanzaron, por fin, resbalaron en un débil tumulto de caricias inciertas como un aliento oprimido. La mano de la hembra, bajo aquella voluptuosidad insuperable, iba desdoblándose, encogiéndose, hasta cerrarse en cáliz temprano de una magnolia.

De repente, el eterno grupo trágico: garra hambrienta, músculos velludos de pirata que estrujan un corazón arrancado y confusas alas prisioneras.

La piel sutil de la muñeca frágil cede como un pétalo; los suaves dedos vencidos se abren, y en la palma

tibia, pálida, húmeda aún, late la vida.

HOY

Hoy es el día negro. ¿Dónde mi cotidiana herencia de luz?

He vagado por las calles borra-chas de niebla, como yo de sombra. En el fondo de mi universo proyecta la nada sus desnudas tinieblas, disolventes de todo, los asesinos del silencio, minuciosas devoradoras lentas.

La tea de la vida cae de mis dedos apagándose... Manos rescatadoras, no os veo en mi oscuridad. ¿Vacías huísteis? Me baña la muerte per-suasiva.

Únicamente soy una cosa cobarde, escondida en un rincón del tiempo. Torpes enemigos, seguid buscándome en la luz; mañana será tarde. Hoy se rindió el carcelero, y la jauría desatada se destroza a sí misma. Cada átomo de mi carne es una tímida ferocidad; yo una multitud esclava; yo el hermano de los humilides criminales. Hoy vi sobre la estúpida faz del primitivo la costra de la miseria, olfaté la desesperación y el vicio y amé al pobre, porque mi corrupción es la suya. Con ella la piedad, como siempre en las almas. Y me penetra la infame ternura. Por fin, nostálgico de la antigua madre; por fin, inmóvil en el universal flujo, esperando la noche del pasado invisible. Hoy me entrego a las ágites destructoras. A mi cintura los nudos para siempre de sus brazos. Ojos de grutas, subid a los míos. Corran las tibias bocas por mi cuerpo. Las orillas pasan. No las conozco ya, y a sentir comienzo el soplo de las regiones de donde no se vuelve.

Rafael Barret.

Del canto de mi mismo

Veintiocho jóvenes se bañan en el río; veintiocho jóvenes, todos ellos compañeros y amigos:

¡Y ella, con sus veintiocho años de vida femenina, tan tristemente solitaria!

* * *

La casa de ella es la más hermosa de la ribera; de la bella que elegantemente vestida, observa a los bañistas a través de los visillos de su balcón.

* * *

¿A cuál de ellos amará la bella? ¡Ah! el menos hermoso de todos es magnífico para ella.

* * *

... ¿Dónde vais así, señora? Aunque permanecís oculta en vuestro cuarto... lo que os sumergís allá en el agua.

Os veo avanzar por la grilla, danzando y riendo, hermosa bañista:

Los otros no lo ven, más ella los ve, cada vez más inflamada de amor

* * *

Las barbas y los cabellos de los jóvenes relucen con el agua que los empapa; una mano invisible se pasea sobre sus cuerpos.

desciende temblorosa de sus sienas y de sus pectorales.

* * *

Los jóvenes nadan de espaldas, sus blancos vientres se esponjan al sol; no preguntan quién los abraza tan estrechamente.

Ignoran quién suspira y se inclina sobre ellos, suspensa y encanada como un arco.

¿Los jóvenes no saben a quién salpican con vapor de agua!

Walt Witman

(Poeta dinamista norteamericano)

han dejado el campo para ir a habitar lugares extraños”.

Hombres - ratones. Casas - cuevas.

Ciudades industriales. Viviendas sin aire y sin sol. Existencia triste, sin fiestas ni risas, sin canciones ni danzas.

“Viven entre los muros oscuros de las casas, en las que solo penetra una luz mísera, criándose escualidos y huraños, preocupados constantemente por el problema de proporcionarse alimentos y calor”.

Ratones y hombres!... aquellos. Toman cuanto hallan. Buscan siempre inquietos y activos, y si les apuran, chillan...

Los hombres saben venderse... depender... vegetar!...

“Aquí y allá algún ratón más audaz se yergue sobre las patas traseras y se dirige a los otros, asegurando que se halla dispuesto a forzar los muros del encierro, para suduguar a los dioses que lo edificaron...”

Tenéis derecho a gozar de la luz y del calor. Habrá comida para todos y nadie morirá de hambre...

los ratoncillos chillan...”

No falta algún audaz entre los hombres... Pero, con menos tolerancia que los ratones, otros hombres le sellan la boca, atan sus brazos y le sepultan vivo entre rejas y grandes piedras...

Y pasan los días!

“Viendo que no sobreviene nada extraordinario, los ratones se tornan tristes y deprimidos y recuerdan tiempos en que vivían en los campos; pero no abandonan las paredes de las casas porque el hábito de vivir reunidos en manadas, les ha hecho temer el silencio de las largas noches y el vacío infinito del horizonte.

Los ratones son terriblemente miedosos. Algún ratón aislado se libra

por un momento del temor general... vigor de una voluntad, y sus ojos se iluminan.

El ratón audaz relata historias:

Los cabaños del Sol están arrastrando carros cargados de días, sobre la copa de los árboles —dice— y lanza una mirada a su alrededor para ver si le escuchan.

Entonces ve que le está mirando una ratita, echa a correr y la hembra le sigue. Y, mientras, los demás ratones repiten sus palabras y se consuelan con ellas, él y la ratita buscan un lugar propicio y se acuestan juntos. Y de este modo siguen naciendo otros ratones, destinados a vivir entre los muros de las casas”...

Serwood Anderson — en su alegoría ratonil — retrata a los hombres.

Obreros industriales, hombres dependientes.

Vienen muchos de los campos a las ciudades y no regresan más. Se habitúan a la media luz. Olvidan los caminos que llevan a las tierras llanas y a las montañas.

Cuando dejan las cuevas donde viven o las fábricas donde trabajan, no es para correr al bosque o a la playa en busca de oxígeno y de sol, sino para buscar densos ambientes de otras cuevas.

Gregarios!... Gregarios!...

¿Cuándo dejaréis de ser ratones?

J. Tato Lorenzo.

¡Abajo la guerra!

La tempestad aproxima. Es el monstruo guerrero que llega con rápida carrera. Los truenos se sienten desde el meridiano de Italia. Son como los relámpagos que alumbran! Y estallarán en el mediterráneo como huracán destructor!

Mientras los jóvenes en el puerto de Nápoles van cantando himnos pa-

triotas, medio millón de madres, desesperadas, lloran y maldicen a causa del robo de sus hijos, a los que, quizás, no vuelvan a ver. Si! maldecid a los gobernantes: a todos los ambiciosos...

Madres: estad alerta; esconded vuestros hijos: llevadlos lejos, muy lejos, donde no los hallen: maldecid a los de camisas negras.

Besa con cariño a tus hijos; no llores más a una patria ingrata; a una cruel y desdeñosa tierra cuyas leyes son infames. “Dile a tu hijo que la tierra es de todos los que trabajan”. Levantad la voz como una plegaria. No esparemos que el monstruo llegue y devaste, que haga correr ríos de sangre.

¡Que solo haya anatemas!

para esos tiranuelos de camisas negras! Ellos tiene la hoz y el hacha en su izquierda. (En vez de espada).

Mujeres todas; estrechad a estos jóvenes ebrios de promesas y palabras huecas; para cantar la *Giovinezza*” que el poeta ha ideado con otro fin, más noble y con amor al proletariado, no esperemos el tronar del cañón; que las metrallas mutilen sin piedad las carnes de esa juventud que ha de pudrirse en la tierra histórica de Etiopía.

Formemos una gran cadena que no se rompa, más fuerte cuanto más grande sea el peligro, para gritar al oído de todos los gobiernos: “Hemos criado a nuestros hijos para la ciencia, para el arte, para lo que es bello, para el bien de todos”.

¡Abajo la guerra!

D. Boatti.

La víbora y el peregrino

I

En tiempos muy remotos, y en una intrincada selva de la India, hizo su aparición cierta víbora. Por lo bella

y terrible, hubiérasela dicho engendrada en el mismísimo infierno. Atacó animales, mató hombres, hurtó criaturas y fué, tras breve tiempo, el terror de la comarca... Todos la huían. Cierta día, a transitar por la vía maestra un peregrino, la víbora quiso agredirle. El viandante, que era un santo varón todo piedad y sabiduría, tuvo un gesto de misericordia para el reptil. Sin embargo, a fin de castigar su osadía, le dijo y ordenó:

—Por deseo del Señor, de hoy en adelante, no podrás dañar a ningún ser viviente.

Así fué.

II

Trancurrió el tiempo. Aquel mismo gran varón hubo de cruzar por segunda vez la intrincada selva. Recordó el pasado episodio y queriendo saber su desenlace, buscó a la víbora. La encontró cubierta de heridas y cicatrices.

El peregrino, después de curarla cariñosamente, la interrogó y le dijo:

—Cómo es que te encuentras en tal estado?

Y el reptil contestó:

—¡Señor!... Me ordenaste que no mordiera a nadie. Así lo hice. Pero los hombres, cuando se apercibieron que me había transformado en un ser completamente inofensivo, me tiraron piedras y me persiguieron.

Los animales clavaron en mí sus dientes. Fuí la víctima de cuantos plugieron abusar de mi debilidad... Fuí golpeada por todos.

Y aquel santo varón, todo experiencia, repuso y dijo:

—En verdad, te ordené no volveras a morder a nadie; pero no te prohibí que silbaras y amenazaras como si realmente fueras a morder.

Ihri Ramakrihna.

Los Intelectuales contra la Guerra

Einstein viajó con Lord Arturo Ponsolby desde Eufield, Inglaterra, a Génova, donde en mayo 23 de 1932 recibieron a los corresponsales de los diarios. Ponsolby dijo que ellos hablaban también en nombre de Romain Rolland y de Victor Margueriti; que el momento había llegado para los pueblos del mundo de tomar el asunto en sus manos, insistiendo en el desarme absoluto en cinco años y el abandono inmediato de los métodos de guerra, de conscripción reclutamiento aislamiento y de fabricación de armas y municiones.

"Todo aquel que está contra la guerra debe tener el coraje de aceptar riesgos personales: de otro modo no tiene derecho a hablar. Todos los intelectuales que piensan luchar realmente en contra de la guerra deben aceptar esta responsabilidad, y adelantarse osadamente ante la opinión pública"

"Estoy absolutamente convencido de que debemos usar todos los medios para alcanzar este fin. No es sólo literatura lo que debemos producir. Es importante que cada uno, haciendo algo, arriesgue también algo: otras actitudes son juegos simplemente que debe evitarse".

Albert Einstein.

El horizonte del mundo está encendido por los rojos resplandores de la guerra que viene. Todo es zozobra e inquietud; alarma y horror, mientras una minoría siniestra de fabricantes de armas, de políticos y de banqueros, observan con diabólica calma el pro-

ceso que nos lleva a pesar de todo a lo que, según las predicciones más autorizadas, será la hecatombe máxima de todos los siglos.

Son muchas y muy numerosas las fuerzas de oposición a la guerra y alarma pensar que entre todas no se ha encontrado aún el punto de convergencia, la plataforma de acción que ofresca seguridades de éxito.

Los pacifistas puros han errado el camino, perdiéndose en una serie de proyectos y de conjeturas sin fuerza ni vigor efectivos, que frente a la realidad han resultado contraproducentes o simplemente inocuas.

Los revolucionarios, los que lo son realmente en el sentido profundo y total del término, a pesar de ser quienes más cerca se han puesto del problema y por consiguiente de la solución del mismo, no han sando del plano teórico, desde donde —huelga el decirlo— no se puede herir de muerte al monstruo capitalista, gestor único y responsable absoluto de las guerras.

Los trabajadores carecen de orientación y por añadidura su acción está inflexiblemente condicionada por factores psicológicos y económicos que lo substraen a toda empresa en la que no esté comprendido un cambio que resulte favorable a su vital necesidad de liberarse de la miseria y la ignorancia.

Los hombres de ciencia —salvo honrosas excepciones— alquilados o comprados por los gobiernos imperialistas, crean poseídos de la psicosis guerrera y en sus laboratorios germinan los más asombrosos planes de exterminio.

Los artistas y los intelectuales, especialmente los que tienen una comprensión totalitaria de la vida,

los que están fuera de las academias, los que conocen el pulso del mundo y no han hecho del arte un complicado geroglífico para entretenimiento o deleite de minorías selectas o sibaríticas, se han aproximado también a la solución única, pero en la mayoría de los casos, les ha faltado el valor para afrontar los riesgos personales de que habla Einstein y han fundado un falso revolucionarismo estético que responde a las severas sonataciones del mundo real desde un plano abstracto y a la interrogación de su yo consciente sin comprometer los prestigios adquiridos o el porvenir lisonjero que se ofrece al talento que no sirve como piqueta de la actual sociedad por que se conforma con ser cúpula que aumenta la suntuosidad insolente y dramática de la misma.

La acción de los intelectuales en contra de la guerra se resiente por falta de objetividad.

Los riesgos personales sólo muy pocos los afrontaron antes y durante la guerra pasada y los casos de Romain Rolland, de Nicolai, de Einstein, de Foerster y de algunos otros no fueron seguidos ni imitados. En la actualidad no obstante la ruda experiencia, no se vislumbra una amplia rectificación de conducta y menos aún el aprovechamiento de la oportunidad para una acción previa y salvadora que encause la energía de los fuertes núcleos opositoristas. La guerra debe ser combatida en su fundamentos biológicos, es decir, en las causas sociales, económicas e históricas que las generan y a ello se puede llegar solamente por la honrada interpretación de la historia.

Los últimos congresos anti-guerreros patrocinados por hombres cumbres en el mundo intelectual no han colmado la ansiedad colectiva ni se tradujeron en pragmáticas de acción concreta porque tenían un vicio de ori-

gen y fueron más bien torneos de propaganda, grandes certámenes en favor de una interpretación unilateral y sectaria.

A pesar de la urgencia, quizá aún es tiempo para ensayar la constitución de un verdadero frente antiguerrero a base de la participación en primer término de los intelectuales, especialmente de los que por vínculos de sangre y de cultura se sientan capaces de vivir fuera de los invernáculos oficiales haciendo arte en la calle, durante la acción, para que su ejemplo y su valor dinamicen la instintiva inquietud y las aspiraciones legítimas de los desposeídos.

Las multitudes claman por una acción rápida dentro del marco de una acertada y justa línea de conducta anti-capitalista y anti-estatal. Más que los hombres símbolos se necesitan hombres de acción. Ponerse al frente "Hacer algo más que literatura" "Arriesgar algo, haciendo algo" Hacer sin decir y no decir para que hagan los demás. Einstein señala el camino y no importa que desde un rincón casi olvidado del mundo se lance el primer llamado, si es en realidad un llamado y no un convite.

Urge poner las manos en la masa. La teorización, los bizantinismos, la sofística estético-revolucionaria está demás y estorba para la comprensión necesaria e imprescindible.

La guerra viene. La mecánica de los intereses la precipita.

Pisamos sobre un volcán y por sobre nuestras cabezas esconderan muy pronto, las nubes, los invisibles escuadrones aéreos capaces de destruir en pocos minutos pueblos, ciudades y naciones enteras. El no combatir será lo mismo una víctima. Anticipar la revolución es la única consigna que corresponde.

R. C.

Don Quijote, agitador profesional

Aspecto de su crítica social

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de "tuyo" y "mío". Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los arboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir sus casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las iselemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hurtar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que era menester para cubrir honestamente o que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus

adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecían, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretreídas, como lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban como tengo dicho, por dondequiera sola y señora, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento de menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta: porque allí por los resquicios o por el aire con el celo de la maldita solícitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos, se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos.

CAMINOS

María Adela Bonavita

El día 9 de Mayo de 1934 se extinguía para la eternidad María Adela Bonavita, alto espíritu femenino que había dado una voz nueva a nuestra literatura con su libro "Conciencia del canto sufriente".

Pocos supieron valorar entre nosotros los quilates de la personalidad que acababa de perderse, pues era un talento original atormentado por el misterio supremo y mujer purísima dotada de una exquisita gracia. De aquí que su vida, como su obra, transcurriera en la soledad heroica de los predestinados.

Cumplido ya un año de su fallecimiento, prosigue aún reinando acerca de su nombre, una incompreensión y un silencio incalificable.

En desagravio a su fino recuerdo insertamos hoy uno de los más bellos poemas de "conciencia del canto sufriente":

LOS NIÑOS

¡Que cerquita de Dios están los niños!...

La sombra, en ellos está tan transparente casi,
¡casi se les distingue el Alma como un lirio!...

¿Quién se atreve a tocarlos si las manos no tiemblan de cariño y dulzura?...
¡Como se aclara en ellos el Misterio!...
¡Ah que blanco se vuelve y por bello!... ¡Y que fácil si el Alma se nos sale por los ojos al (Verlos!...

¡Qué fácil y que blanco su misterio!...
¿Quien se atreve a tocarlos si las manos no tiemblan de cariño y dulzura?...
¡Que cerquita de Dios están los niños y que blanca su sombra!...

CAMINOS

Inocencia de flores...
¡Fueron flores!...
Alegria de pájaros.
¡Fueron antes

la sombra voladora
Que se embriagó de espacio!...
Inteligencia en ellos
que no riegan las aguas del abismo
¡Que está solo movida de recuerdos del Alma!
¡Y el Abismo
no los atrajo todavía
desde el oscuro pozo de la Carne!
¡Qué cerquita de Dios están los niños!...
¿Quién se atreve a tocarlos
si las manos no tiemblan de cariño y dulzura?...

María Adela Bonavita.

El Abismo

*Estoy debajo de mis sueños.
Ya ni estrellas, ni pájaros nocturnos
levantarán mi canto.*

Puerta de plata y oro es el amor.

*Oh! amada, tu eras el único asidero.
pero yo he mirado al abismo
desde arriba --libre de nosotros--
el limo de mis sueños y tus sueños*

*Desde entonces, ¡ah!
que sólo estoy en la Tierra*

*Podré apoyar mi frente
en el tibio regazo de tus senos,
pero ahora,
es del miedo que nace mi ternura.*

*Lejana era mi alma
y en sus flancos llueve la tristeza
Deja que te lllore y me lllore allá....*

Liber Falca.

PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 0.05